

Virtudes

Luis Narvarte

Presidente del Instituto E. Mounier.*

¿Qué es virtud?

El bien exige. Apremia al espíritu y a la conciencia. Esta exigencia se siente siempre, pero se hace más consciente según lo vigilante que sea la actitud ética del individuo. Surge así una relación que podría ser como sigue: el bien dice al corazón del hombre «quíereme, hazme presente en el mundo». El hombre responde: «sí, quiero; pero, ¿cómo voy a hacerte presente? ¡No puedo captarte!». De ahí no surge ninguna respuesta inmediata. Pero entonces llega alguien que quiere ayuda y el bien dice: «¡Yo consisto en que ayudes a éste! Esto es la virtud,¹ traducir en una acción en una situación concreta el deber sentido hacia el bien. La situación concreta implica una exigencia: espera algo de aquél a quien envuelve. El bien, en sí infinito en su contenido y simple en su forma, se realiza a través de la situación en lo particular. Hay que notar que la elección de un ambiente excluye de antemano ciertas situaciones mientras convierte otras en regla.

La exigencia del bien no puede colmarla ninguna acción finita. Sólo cabe aproximarse a su satisfacción. Así entendido significa un permanente crecimiento hasta lo absoluto. En ese crecimiento se expresa el buen idealismo: la incondicionalidad de la exigencia, la aspiración a lo absoluto. Mediante el deber, la voluntad avanza

hasta la libertad, el riesgo y el amor. El peligro es el mal idealismo: que la voluntad quede aferrada al bien en sí y no se implique con la realidad empírica. Que trabaje sólo con lo absoluto y perfecto, que se haga impaciente y no quiera saber nada de moderación o prudencia. Que devenga rigorista y pierda la misericordia y el humor.

Toda ética que considere punto central la autorrealización autónoma es falsa y estéril. En la medida en que el hombre se centra en sí mismo, pierde de vista su verdadero ser. La ley fundamental de la auténtica autorrealización dice que el hombre se encuentra a sí mismo en la medida en que sale de sus propios límites y se entrega a su tarea, de forma que se realiza en la medida en que, olvidándose de sí mismo, cumple la exigencia que en cada momento se plantea. Progresar en la realización del valor significa dar pasos en la superación de los deseos de tener, utilizar y dominar. Lo que llamamos «desprendimiento de uno mismo» quiere decir capacidad de sentir el valor.

Tal como hace R. Guardini, vamos a profundizar en qué es la virtud con el ejemplo de la veracidad. Si digo la verdad en una situación difícil, y luego otra, y otra..., acabo convenciéndome de la importancia de decir la verdad, me fijo en ello, me examino constantemente, etc. Surge entonces una actitud tendente a decir siempre y sin titubeos la verdad. De lo que una vez dije ha nacido la actitud de la veracidad. Esto es lo que significa la palabra virtud. ¿Cómo se presenta, más en detalle, la «virtud de la veracidad»? En

* Luis Narvarte acaba de ser elegido Presidente por la Asamblea del Instituto E. Mounier (septiembre), relevando a Antonio Calvo.

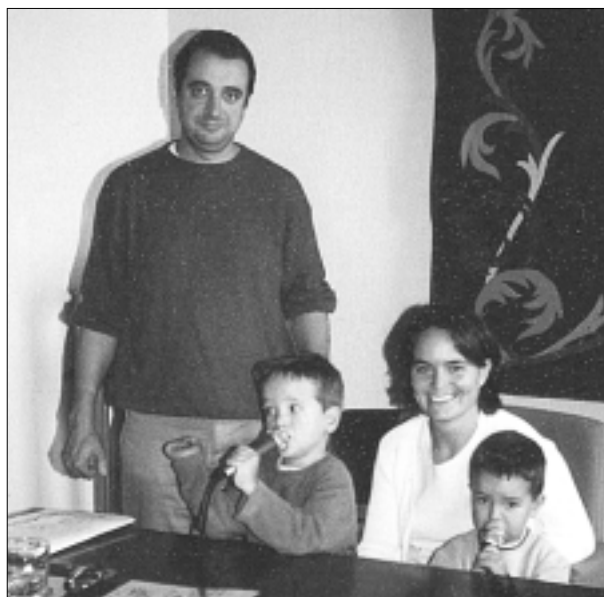
primer lugar, la realización del acto correspondiente resulta cada vez más fácil, y necesita menos de reflexión y sale más espontáneamente. Se forma una capacidad, una facultad. Esta naturalidad no se encuentra, como en los actos instintivos, al comienzo, sino al final, tras un camino de reflexión, examen, entrenamiento y superación. Entraña un peligro: que se convierta en una rutina o en un virtuosismo.

El progreso que va desde decir la verdad una vez hasta la actitud de veracidad influye también en el contenido de lo que decimos. Conforme se desarrolla la conciencia de verdad, vemos también lo compleja que ésta es. La verdad no tiene que ver sólo con el contenido objetivo de lo que se dice, sino también con el modo en que ese mismo contenido llega a los demás. Pero no sólo eso. Yo puedo decir la verdad de modo que haga sufrir al otro y lo desanime. Y por eso también la bondad con sus sentimientos forma parte del acto de decir la verdad. Para que la veracidad sea perfecta, para que sea una actitud del hombre entero, tiene que ir más allá del simple decir lo correcto y ser una conducta más amplia. Al valor y la claridad de decir la verdad hay que sumar la sensibilidad para captar el estado del otro, la responsabilidad por lo que pueda pasarse como consecuencia de lo que yo le diga, el deseo de que mis palabras sean captadas debidamente, sensibilidad instintiva para captar la situación psicológica del otro...

Hay otro elemento en el concepto de virtud: el regalo, el don, la gracia, y la conciencia de ello. Para que la virtud sea pura, plena y natural, tiene que existir una propensión a practicarla. La auténtica virtud de la veracidad sólo la logra el que ama la verdad; se realiza no sólo por un «tú debes», sino también porque se disfruta con ella, porque es hermosa. Estos sentimientos tienen que estar ahí, si no el empeño en la veracidad se convierte en una fatiga.

Problemas de la especie humana para poner en práctica las virtudes

Las encuestas de valores realizadas a nivel español,² europeo³ y mundial⁴ indican que nuestra sociedad se caracteriza por no saber definir qué es bueno y qué es malo, y cuando valora algo como bueno, hace muy poco para realizarlo, siem-



Luis Narvarte, con María y dos conferenciantes precoces.

pre que no se trate de lo propio o de lo cercano. También se desconfía de que los demás lleven esos valores a la práctica, terminando por depositar la responsabilidad de su realización en los estamentos públicos. El individualismo está generalizado. La falta de actitudes éticas, la ausencia de virtud, no es un problema de sólo una parte de la sociedad, sino que parece un mal de toda la especie humana. Profundicemos un poco más en este hecho y analicemos dónde radican las dificultades para la práctica de los valores.

Un primer obstáculo es el desorden radical del ser humano. Si «un alguien» viera al hombre desde fuera, ¿lo vería en orden? ¿Qué es lo que vería? En primer lugar, un ser poderoso en el que concurren las energías del universo, y que le han llevado a impresionantes resultados. Pero ¿esta fecundidad se desarrolla de forma clara y consecuente? No. Se desarrollan con confusión. En los últimos años han muerto asesinados muchos millones de hombres, y no en guerra, sino por decisiones tomadas y ejecutadas a sangre fría y sistemáticamente. O también, la mayor parte de la humanidad no dispone de alimentación, vestido y atención sanitaria para llevar una vida digna. ¿Puede decirse que está en orden un género humano que es sujeto activo y pasivo de todo eso? O el desarrollo tecnológico. Se dirá que depende del propio hombre cómo utilizarlo. Pero, ¿cómo es el hombre que las utiliza? Lo que garantiza su buen uso es que su sentido de la responsabilidad sea tan grande como su poder, y su

fuerza de carácter tan potente como los medios de que dispone. ¿Podemos decir que existe esa garantía? Sin duda que no.

Miremos nuestra vida personal. ¿Sacamos la impresión de que las cosas fueron como tenían que ser? ¿Qué sucede con el hombre? Emprende algo y ¿cuántas veces lo acaba? ¿En cuántas ocasiones nos topamos con una obra que tenga carácter de plenitud y madurez verdaderas? O, ¿cuándo llega a cuajar una amistad? Creo que, si analizamos un campo de experiencias suficientemente amplio, y no nos llamemos a engaño, tenemos que decir que lo acabado es la excepción. ¿Es esto estar en orden? ¿No tendría que ser la regla que las cosas fueran como deben ser?

El valor ético nos es familiar. Cualquiera sabe qué es la justicia, y que es algo bueno y necesario. ¿Pero qué sucede cuando una persona se esfuerza por realizarla en su vida propia y pública? ¿No crea una actitud vitalmente insultante? ¿No implica una falta de comprensión, bondad y tolerancia? ¿Y no es curioso que un valor puro en sí mismo, en el momento en que se encuentra en la corriente de la vida conlleve una contradicción consigo mismo? La bondad: cuando una persona se empeña en ser buena, ¿no supone mayor debilidad a la hora de tomar postura? ¿No lleva a ser condescendiente con la injusticia? Y lo mismo ocurre con cualquier otro valor ético: en sí mismo no ofrece dudas, pero en cuanto se halla inmerso en el entramado de la vida humana, aparece rodeado de un vapor de imperfecciones y deformaciones. La voluntad, la acción y la existencia éticas resultan así profundamente cuestionables, y pueden dejarnos totalmente desconcertados.

No es pesimismo. Da la impresión de que algo de riqueza inagotable, grande y con capacidad creadora anda descompuesto. Esto se suaviza de mil maneras: diciendo que la confusión está en la superficie, pero el centro del hombre está en orden. Pero es precisamente lo más íntimo lo que está en desorden, y de ahí surge el desorden que afecta a lo demás. O con el optimismo que dice que el hombre es educable y así es posible ponerlo en orden, y que la humanidad avanza hacia mejor. Ciertamente que el hombre trabaja por los demás, pero mientras más tiempo lleve en ese empeño con más claridad advertirá que la confusión de la que hablamos no desaparece. Los grandes optimismos son ceguera, y en el fondo, también cobardía.

Pero el pesimismo que dice «así es el hombre, malo, ciego, confuso, nunca ha sido de otro modo ni será» también es falso. Por muy profundamente que se reconozca el hecho del desorden y por más vivamente que se experimente la imposibilidad de acabar con él, siempre ha de quedar la protesta: existe el desorden, pero no es bueno que exista; ni debe, ni tiene por qué, ni necesitaría existir. Sólo entonces adquiere el conjunto del hombre su peculiar carácter. Todo lo que hace lleva el marchamo del valor ético, que le distingue de la naturaleza. Pero al mismo tiempo lleva en sí un desorden que lo penetra hasta lo más íntimo, que no debería existir pero que existe.

Este desorden se expresa en otra dificultad: el resentimiento. En principio parecería que personas de buena voluntad, al conocer el bien, se sentirían obligados por él. Pero la práctica nos dice que constantemente, ante la manifestación de un valor ético, se dice «esto no tiene nada de valor», o incluso «esto no es un valor, es un contravalor». Tras esa sentencia se esconde una verdadera irritación, el deseo de denigrar el valor en cuestión, vencerlo, afearlo y calumniarlo. Es el resentimiento. La actitud debería ser: yo no los tengo, pero a pesar de ello, son valiosos. Estoy contento de que existan, aunque sea en otras personas. Así, el reconocimiento de las propias limitaciones se convertiría en modestia y, por medio de ésta, en liberación porque podría preguntarse cómo él mismo, partiendo de sus condiciones, podría acceder también al valor que en principio le es extraño. Si no, existe el peligro de querer hacer más llevadera la propia incapacidad, desfigurando lo que cae fuera de las posibilidades actuales de uno mismo.

Además están las dificultades asociadas a cada una de las fases de la vida por las que pasa todo ser humano. Veamos, a modo de ejemplo, la del hombre adulto.

El adulto se caracteriza porque se siente seguro del núcleo de su propio ser, porque ha aprendido a tener consistencia en su propio yo y a responder de lo que hace. Una actitud que es al mismo tiempo libertad, responsabilidad y fidelidad. Es ahora cuando se desarrolla lo que se llama «carácter»: la definición y firmeza propias de la persona, la coherencia de lo que se piensa, se siente y se quiere con el propio núcleo espiritual. Es aquí cuando se descubre lo que significa fundar, consolidar, ordenar, y lo indigno que es

abandonar constantemente la línea de actuación. Aparece la personalidad a la que puede confiarse la vida porque se ha zambullido en lo que tiene vigencia. Uno de los síntomas más peligrosos de nuestra época consiste en que esta imagen parece debilitarse, y produce esa extraña impresión frecuente hoy: que, a pesar de los conocimientos y de la exactitud de la técnica, la existencia está regida por gente no adulta.

Es la época en que el impulso de la juventud se remansa, pero gana en profundidad y determinación. Es la época en que la persona está más dispuesta a asumir responsabilidades, a echarles a las obras tiempo y fuerzas, sin ahorrar. Pero llega la crisis: una sensación creciente de los límites de las propias fuerzas. La carga de trabajo se amontona. Se tiene la experiencia del cansancio. Pasan las ilusiones: no sólo las de juventud, sino también aquellas que se deben a que la vida es todavía una novedad. Se llega a saber qué es trabajar y luchar, cómo se comportan los hombres, cómo empieza, se desarrolla y concluye una obra. Se pierde el estímulo del encuentro, la tensión de la iniciativa. La existencia toma el carácter de cosa conocida; el hombre «se las sabe todas». Nace así la sensación de monotonía, que provoca más parálisis que las dificultades. Queda al descubierto la mezquindad de la existencia: se viven decepciones con personas. Aparece el hastío, lo que los romanos llamaron el «taedium vitae», esa desilusión profunda que no nace de una ocasión aislada, sino del conjunto de la vida. ¿Cómo supera el hombre esta experiencia? Puede que se imponga el escepticismo y el desprecio a la humanidad. Y también puede suceder que se adopte un optimismo forzado, que se haga activismo. Pero también puede ser que la persona se dé cuenta de que la verdadera «infinitud» no reside en lo cuantitativo, sino en la entrega, en el servicio, en la autosuperación por un propósito absoluto. Advierte que tampoco existe la originalidad siempre nueva, sino que el frescor que busca tiene que estar en otra parte, en una trascendencia. Surge así un hombre nuevo: el hombre maduro.

El hombre maduro se caracteriza porque conoce y asume los límites, insuficiencias y miserias de la existencia. Pero eso no significa que dé por bueno lo malo, sino que se asume en el sentido de que es así y de que hay que arreglarse con ello. Tampoco abandona el trabajo: lo hace con

fidelidad y exactitud. El sentido de la vida está en él mismo. En esta actitud hay una gran disciplina y renuncia, y el importante elemento de la fidelidad y la paciencia con la vida. Se completa aquí lo que se llama carácter. Es a esta clase de personas a las que se confía la existencia porque ya no tienen la ilusión del gran éxito, pero sí la fuerza de la resistencia; son capaces de realizar lo que tiene vigencia y perduración. Es el hombre soberano, capaz de dar garantía. Una época podría valorarse por la cantidad de personas de esta clase que se dan en ella.

Para responder a este mundo real, con sus obstáculos a la virtud, ¿qué hay que potenciar?

Humor y paciencia

El mal está mezclado con el bien de tal forma que no parece posible separarlos. Hay un doble peligro: o querer el bien de forma incondicional, de un modo ajeno a la vida real y rigorista, o quedarse excesivamente en los condicionantes de la vida y hacerse escéptico o cínico. De ahí que sea tan difícil adoptar las únicas actitudes que hacen justicia al carácter complicado de la existencia: el humor, que ama la vida y entiende sus líos, e incluso la acepta cuando es desagradable; y la paciencia, que sabe que nada se arregla con acciones vehementes, porque los cambios auténticos son siempre muy lentos.

Formación de la conciencia moral

¿Qué es lo que tiene que darse en el hombre para que sea posible la conducta ética? La conciencia moral es algo vivo, y por lo tanto, tiene sus mismos problemas: tiene una constitución inicial y se desarrolla; puede ser fuerte o débil; es influenciable. Necesita también formarse. La educación es en el fondo formación de la conciencia moral.

En primer lugar, hay que formar en el **conocimiento del bien**: el bien sólo puede realizarse o negarse desde el conocimiento. Así, por ejemplo, siempre que he hecho algo que no estaba bien, pero que yo no lo sabía, no me siento responsable. Se piensa que el bien es conocido. Pero la verdad es que, en general, el hombre medio no conoce en absoluto el camino verdadero.

Cierto que siempre se tiene una idea oscura de la orientación correcta de la vida, pero también se confunde muy fácilmente. El conocimiento de la exigencia ética es en sí mismo una tarea ética; es decir, hay que procurarlo y lograrlo. ¿Tenemos medios para ello? Sí, por ejemplo, leyendo, siempre que se pase de la mera lectura a la asimilación interior. También puede servir el ejemplo de la vida de hombres que son modelo. Tales referencias son importantes para el conocimiento: encienden la llama del toque personal, convencen conmoviendo, lo universal se ve plasmado en algo concreto. En este caso el conocimiento ético consistiría en preguntarse: ¿cómo se comportan estas personas? ¿Dónde encuentran el sentido de sus esfuerzos a veces sobrehumanos? ¿Qué es al final decisivo para ellas?

En segundo lugar, **formar en la libertad**: la conducta ética sólo es posible si hay libertad. La acción libre la hago yo; mi yo está en ella. Y por eso frente a ella he de situarme con responsabilidad. El sentimiento de responsabilidad es un elemento inevitable del fenómeno ético. Ahora bien, sólo puede existir responsabilidad si la acción depende de mí, si yo mando en su inicio, es decir, si soy libre.

En tercer lugar, **la acción**. Mientras la conducta ética permanece en el ámbito de la interioridad, está en estado de suspensión. En la acción la conciencia se convierte en historia. Acción significa salir del ámbito interior y pasar a lo realmente existente. Aquí radica el problema de toda acción: por un lado, está sometida al mandato implacable de la realidad, que me exige que no actúe pensando en lo fantástico, sino en el mundo real. Pero, por otro lado, se encuentra también con los obstáculos que le pone esa realidad misma, con el carácter accidental y deficiente de lo que existe en cada momento. Ante las contrariedades y peligros de la realidad, manteniendo el tipo, luchando, sufriendo y superando dificultades, es como se pone de manifiesto la calidad de lo que se piensa.

En cuarto lugar, **los sentimientos**. El sentimiento se mezcla con el concepto de intuición. El racionalismo considera que el verdadero conocimiento sólo se da en la captación de lo abstracto y general, en la ciencia. Pues bien, lo singular se capta mediante la intuición. Las relaciones entre personas siempre siguen esta clase de intuición: un «sentirse tocado» por algo.

Que algo merece la pena, es bello, se percibe en forma de «sentimiento». El sentimiento hace que el centro vital mismo se implique en el conocimiento, la volición y la acción. Sin este sentimiento de vivencia la vida es más fácil pero entonces no se capta el hombre, se pasa intacto entre los acontecimientos y encuentros. Pero también es más pesada porque se queda sin lo que eleva y estimula.

En quinto lugar, **la memoria**. ¿Qué es la memoria? Significa que lo que en un momento anterior conocí, hice o viví, vuelvo a traerlo al plano consciente en el momento presente. También lo que otros hicieron y de quienes soy deudor. La acción ética sólo es posible sobre la base de la memoria. Sin memoria desaparecería todo lo que tiene que ver con la pregunta ¿de qué soy responsable? Desaparecería todo lo que es examinarse, reparar el mal hecho y proponerse mejorar. La memoria garantiza que el desarrollo de una acción va a seguir el camino marcado por la intención primera.

En sexto lugar **la previsión y la confianza**. Para actuar necesito también establecer una relación con lo que viene después, con el futuro: la previsión. En el momento en que interviene una persona resalta el elemento de la libertad, y en mayor medida el carácter de la previsión será de mayor probabilidad y, consiguientemente, de riesgo. La seguridad que entonces surge tiene otra naturaleza: se convierte en confianza. La confianza es la peculiar forma de seguridad que yo tengo frente a lo incalculable, frente a la espontaneidad de la libertad. La previsión es necesaria para poder actuar éticamente. Sin previsión de futuro sólo podríamos tomar la simple decisión de «quiero ser bueno», pero sin traducción práctica.

Todos esos elementos se resumen en que la persona es el hecho ético central. Si desaparece la persona desaparece el carácter ético. Problemática: su carácter absoluto tiene que realizarse en un ser finito. Pero hay que mantener la tensión entre que el hombre es un ser finito, espiritual, corporal, creado y no eterno, responsable y no autónomo; y que ese mismo hombre es portador de un absoluto que ni otros pueden arrebatarse ni él puede evitar. Es la tensión entre que en él hay una exigencia absoluta, pero que, a la vez, es finito, dependiente y deficiente. La carga puede resultar muy pesada: responsabilidad de lo

que debe o no hacerse, cuidado de los que nos están confiados, la exigencia existencial que nace del hecho de que yo sea yo y tengo que seguir siéndolo a pesar de que choco con límites por todas partes... De ahí la urgencia por liberarse de esta carga, aunque sea de forma aparente y transitoria.

Espontaneidad y esfuerzo

Hay una conducta ética que brota espontáneamente del interior y que resulta de la mayor importancia. Gracias a ella es posible la conducta ética en general. Del simple deber y querer no surge la acción ética. A ella ha de sumarse el esfuerzo consciente y el ejercicio. Es frecuente encontrarse con la idea de que sólo lo que brota del hombre como una necesidad interior es realmente bueno. Cuando esta idea se convierte en el principio fundamental desaparece lo decisivo en la vida ética: la seriedad y la responsabilidad. En lugar de lo objetivamente bueno, aparece lo subjetivamente auténtico; en lugar de la obligación y la responsabilidad éticas aparece el sentimiento de autorrealización inmediata, y todo adquiere un carácter meramente estético.

Una acción ética que no contemple el esfuerzo no llega a dar el salto de la intención a la verdadera realidad. La psicología general afirma que toda acción parte de una acción previa que podemos llamar energía, aptitud, que cuanto más se activa más fuerte se hace. Lo mismo hay que decir de la acción: todo lo que significa consecución de un hábito ético, una virtud, es resultado de un trabajo educativo. Existe una idea del hombre bueno por la que es como si hubiera nacido por generación espontánea, pero la autorrealización ética descansa en el ejercicio realizado por responsabilidad y con disciplina.

El ejercicio tiene diversos aspectos. En primer lugar, **el examen de uno mismo**. Yo no seré mejor si no me pregunto constantemente qué he hecho y por qué, si lo que hice estaba bien o mal. Este examen tiene que ir acompañado de un comenzar de nuevo. La vida no progresa siguiendo una línea sencilla, sino que lo hace por tramos: las distintas fases de nuestra vida, o el desarrollo de una acción, una empresa, etc. En todos los casos se comienza, hay un desarrollo y se termina o continúa en otras fases. La vida, a través de estas fases, presenta siempre el comienzo en el que opera la gracia, la fuerza originaria

de la misma vida. Un deslizamiento siempre igual conduciría a la parálisis, a la incapacidad vital. Uno de los peligros más profundos del alma es el aburrimiento: ante él, el descanso creativo, la técnica del recomenzar... Este comenzar de nuevo es de la mayor importancia para la vida ética. Forma parte de la sabiduría y de la técnica de la vida ética reconocer esos comienzos y aprovecharlos porque el arco del impulso se destensa permanentemente, porque el brío interior se va apagando por la acumulación de fracasos, con la vivencia constante de la propia insuficiencia, etc. La vida religiosa ofrece numerosas ocasiones para este nuevo comienzo.

Otro aspecto del ejercicio consiste en que la vida del hombre emana de unas fuentes últimas que nutren todos sus elementos concretos. Es nuestra energía vital. Esto significa que la energía que yo gasto en una cosa dejo de tenerla a mi disposición para otra cosa. La persona que quiere crecer renuncia a la satisfacción inmediata con el fin de ahorrar energías en lo inferior y poder orientarlas hacia lo más elevado. Es lo que la psicología conoce como represión y sublimación. Es un fenómeno conocido por la sabiduría de todos los tiempos: no puedes tenerlo todo; tienes que elegir; puedes alcanzar lo más elevado si renuncias a lo de más abajo.

Culpa, arrepentimiento y perdón

La mala acción realizada no fue necesaria. Necesario es lo sometido a la causalidad del conjunto del mundo. Cuando es así, no hay culpa sino desorden, infelicidad, sufrimiento. La culpa presupone libertad: la acción no tenía que darse necesariamente; se dio porque quise, y, por tanto, tengo que responder tanto de la acción como de lo que tiene su causa en ella. Y así, lo sucedido representa para mí una tarea ética. ¿Cómo se debe reparar la culpa contraída? La primera condición para asumir correctamente la culpa contraída es **reconocerla verdaderamente**, de la forma y en la medida en que sea. Pero también que quien manda en mi vida no es la culpa, sino mi libertad. La asumo pero no como una exageración psicológica, sino como responsabilidad personal.

El segundo paso es el **arrepentimiento**. Sueña a debilidad pero lo que significa de verdad es que el arrepentido dice «lo que hice no estuvo bien y quisiera que no hubiera sucedido; pero no me es posible borrarlo. Pero lo que sí puedo ha-

cer es asumirlo y envolverlo en ese comienzo que nace de la relación entre la libertad y el bien». Se rechaza por orgullo, que es debilidad: miedo a aceptar la propia dimensión. Pero el arrepentimiento es fuerza, colocarse del lado del bien frente a uno mismo, desencadenando el misterio de un nuevo comienzo.

El tercer momento es **el nuevo propósito**. Libertad significa que el hombre puede comenzar la acción desde sí mismo y él tiene que responder de ella. El examen ético y el arrepentimiento introducen lo sucedido en la energía vital inicial y surge el propósito: quiero hacer esto o comportarme así... Sin ello, puede ser que el culpable capitule o tenga una actitud de ligereza (no concretar cómo actuar en el camino que se abre).

Pero sentimos que con eso no basta. Llegamos a la auténtica idea de perdón al caer en la cuenta de que el hombre dañado es una persona. El mal que se le hace exige que ella misma esté de acuerdo en limpiarlo. La frase «te perdono» significa: tú me has hecho mal pero desde mi libertad renuncio a hacer valer contra ti el mal que me has hecho, y todo lo sucedido queda asumido en una relación positiva nueva. La petición de perdón busca ese nuevo comienzo. El ser perdonado por el otro no es un derecho, es una gracia, y por eso tengo que solicitarla. Entre el que hizo el mal y el que lo sufrió existe un vínculo misterioso, y la voluntad de comenzar de nuevo ha de procurar que el otro le acompañe, y eso se logra mediante su perdón. Perdonar puede resultar tan difícil como pedirlo pero es una tarea ética igual.

Educar para ser persona

Educar no es enseñar sino formar: no se trata de que el niño aprenda algo, sino de que llegue a ser alguien. ¿Cómo se realiza esto? En la medida en que se llega a un orden interior, a una cosmovisión, a un punto de partida unificador del actuar y condensador de la experiencia, una medida para lo correcto y para lo falso. Una formación tal no es una serie de frases o de preceptos. Por el contrario, las imágenes formativas son concretas y tocan la vida: es el ejemplo. Cuando el educador contradice con su comportamiento lo que dice, todo discurso es en vano. Debe estar convencido de lo que dice, e intentar hacer él mismo lo que solicita.

Conclusión

Nuestra existencia no está en orden, ha caído en una crisis que alcanza los fundamentos. Esto lo ve el hombre moderno pero responde que irá mejor: tiene un remedio mágico, el concepto de progreso. Por progreso entiende que lo más profundo del hombre y las cosas están en orden. ¿Eso es así? No, pues si seguimos la evolución que ha traído la situación actual, hay que decir que empeora cada vez más. Parece que en el interior de nuestra realidad cultural falla algo, que el punto de referencia último se ha perdido, que se ha olvidado el orden que todo lo configura. El punto de partida de ese desajuste es la aspiración a la autonomía, la falta de referencia a Dios. La psicología sabe que si algo queda reprimido, no por eso queda suprimido, sino que continúa actuando, pero en la forma de enfermedad. A Dios es imposible suprimirle, autoafirmarse autónomamente sin él, y permanecer sano. ¿Qué significa esta actitud? Pues que está disminuyendo la capacidad para ver y para realizar lo incondicionado, lo valioso, lo lleno de sentido. A todas las realidades incondicionalmente válidas pertenece la verdad. Pero ésta se ha limitado a la exactitud científica. El comportamiento global de la vida transcurre bajo el hábito de mentir. Eso es nihilismo. Lo mismo pasa con la bondad, o con la fidelidad: han quedado disueltas. Pero sólo lo incondicional confiere a la vida su sentido. El hombre así permanece frío ante el valor, que no le conmueve. Desaparecen los grandes pensamientos que justifican la existencia, y en su lugar surge el relativismo. La pregunta por el último porqué no obtiene respuesta, pero nada puede hacérsela olvidar. De aquí salen todos los sentimientos de vacío. Eso es el nihilismo.

La actual situación es grave, pero tiene algo positivo: ahora se ve con claridad qué ocurre realmente. Uno puede darse cuenta de que no se trata ya de correcciones y mejoras; que la ideología del progreso carece de entidad; que no se trata de progreso, sino de un cambio de sentido, de la metanoia, de la conversión.

Notas

1. Todo el artículo está basado en la obra de R. Guardini, *Ética*, Ed. BAC, 1999.
2. J. Elzo et al., *Jóvenes españoles 99*, Ed. SM, 1999.
3. J. Elzo, F. Andrés Orizo, et al., *España 2000, entre el localismo y la globalidad. La encuesta europea de valores en su tercera aplicación, 1981-1999*, Ed. SM, 2000.
4. UNESCO, *Informe mundial sobre la cultura*, Fundación Santa María, 1999.